
El fantasma de Greta Garbo *

Terry Castle

Uno de varios fantasmas que rondan este libro es el de Greta Garbo, que murió en abril de 1990, justo después de que había yo comenzado el artículo “La lesbiana espectral”, que identifica este volumen. Por casualidad, un cine local exhibía un ciclo retrospectivo de Greta Garbo. Esa misma semana, junto con muchos otros y con un compartido sentimiento de tributo, acudí a admirarla como la luminosa, surrealista *Reina Cristina*. En el más extraño momento —de los muchos de esa película—, cuando Garbo-Cristina, moviéndose como en un trance de sonambulismo camina lentamente alrededor de la habitación de una posada donde acaba de pasar una noche de amor apasionado con el embajador español, “inscribiendo en su memoria” cada objeto y cada mueble con sus manos y sus ojos, sólo para terminar, como en sueños, murmurándose a sí misma un extraño soliloquio acerca de los copos de nieve que caen silenciosamente tras los cristales, me sentí anonadada por el hechizo de toda la escena: una actriz lesbiana, que representa a una reina notoriamente lesbiana, en una de las escenas de amor heterosexual clásicas del cine hollywoodense. ¿No era raro? Sin embargo, nadie parecía notarlo, excepto, tal vez, la Garbo. ¿Qué cosa podía ser, imaginaba yo, el impenetrable discurso sobre la nieve —deliberadamente improvisado y a *sotto voce*— sino una especie de huida de sí misma, un modo de barnizar con ironía todo lo que le había pasado hasta entonces? Ella nos estaba sugiriendo, me imagino, que sabía. ¿No era obvio? Aunque aparentemente no, a juzgar por las confiadas caras de mis compañeros espectadores, tan ubicados en la ilusión —según parecía— como el embajador español.

* Tomado del libro *The Apparitional Lesbian, Female Homosexuality and Modern Culture*, Columbia University Press, Nueva York, 1993.

Cuando se trata de lesbianas, según trato de demostrar en los siguientes capítulos, mucha gente es incapaz de ver lo que tiene frente a sí. La lesbiana sigue siendo una especie de "efecto fantasma" en el mundo del cine moderno: elusiva, vaporosa, difícil de ubicar, aún cuando esté allí, viva y magnífica, a la vista de todo mundo, en medio de la pantalla. Algunos incluso niegan absolutamente que existe. Aunque casi no nos sorprende, era incómodo encontrar, aún después de la muerte de Garbo, una gran cantidad de obituarios que se referían a su amor por las mujeres sólo de manera sesgada, o lo omitían totalmente. Y esto pasaba con una mujer cuyas amantes, como Mercedes de Acosta, habían publicado sus memorias sobre ella, que sin recato hablaba de sí misma utilizando sustantivos y pronombres masculinos ("Cuando era un muchachito allá en Suecia ..." etc.) y a quien Gore Vidal alguna vez describió —con una inefable precisión militar— como "un perfecto caballero que pasó 40 años de su vida buscando la chaqueta perfecta".¹

Mi primera meta en este libro ha sido rescatar el enfoque de la lesbiana tal como es, con toda su mundanidad, humor y humanidad. Es demasiado fácil pensar en ella como algo distante, extraño y excéntrico; tan ajena al mundo real o "cotidiano" que el resto de nosotros habita. Parece que la lesbiana nunca está cerca de nosotras(os), sino siempre en alguna otra parte: en las sombras, en los márgenes, oculta a la historia, fuera de nuestra vista, de nuestra mente, vagando en la penumbra, un alma perdida, un error trágico, un pálido habitante de la noche. Está lejos y es horrible. (Nunca ha parecido ser tan accesible como su gracioso hermano gemelo, el homosexual, por ejemplo.) Lo que nunca esperamos es precisamente eso: encontrarnos con ella en medio de las cosas, tan familiar y crucial como una

¹ Véase De Acosta, *Here Lies the Heart*, y de Daum, *Walking with Garbo*. Nótese el siguiente ejemplo de la conversación de Garbo grabada por Raymundo Daum, quien conoció a la actriz en los años sesenta y en el transcurso de una amistad de 20 años a menudo transcribía las observaciones de Garbo:

"Siempre quise ver *Beckett* de nuevo, pero la ponían en televisión tan tarde en la noche que no la podía ver porque soy un hombre limitado. La vi una vez en el cine. Estaba en trance, pensé que era absolutamente hermosa, en una forma encantadora. Es la obra obviamente homosexual entre los dos hombres. Siempre quise verla de nuevo, pero la televisión tendría antes que cambiar mucho. Oh, qué gracioso soy."

Véase, *Walking with Garbo*, p. 210.

vieja amiga, tan sólida y sexy como el proverbial hombre indispensable, tan inteligente, humana, divertida y real como era Garbo.

La tarea de reenfoclarla, lo admito, no es sencilla. No me resultó fácil comenzar este libro. Lo que me motivó absolutamente fue una especie de visita espectral. A finales de 1989 estaba yo todavía atrincherada en mi especialidad académica "oficial" —la literatura inglesa del siglo XVIII— e intentando febrilmente continuar lo que siempre llamé —sin ironía— mi "gran libro". El tema, curiosamente, tenía que ser los fantasmas —y, en particular, la decadencia de la fe de la cultura occidental en las apariciones después de la Ilustración. Con este fin había pasado casi dos años investigando y redactando esbozos, y mi escritorio rebosaba de libros y pilas de notas —sobre fantasmas y psicología, fantasmas y religión, fantasmas y arte, fantasmas y literatura, fantasmas en identidad. El resultado de toda esta obsesiva labor —o así me gustaba pensarlo— sería ni más ni menos que una historia "fantasmal" de la conciencia moderna.

Antes de poder adelantar gran cosa con este magnífico esquema, sin embargo, se me apareció uno de mis propios fantasmas. Batallé semanas enteras para hallar un modo de comenzar y acabé descubriendo que mientras más pensaba en "apariciones", el tema se volvía más vaporoso, elusivo e imposible. Una noche, ante una sesión particularmente deprimente frente a la computadora, me vi —huyendo de mí misma al modo de Garbo— tecleando las primeras páginas de un ensayo autobiográfico que aparece aquí bajo el título "Primera Ed." Inmediatamente me estremeció el intimidante sentimiento de estar yéndome de pinta: no era eso lo que tenía que hacer. ¿Qué me proponía al tratar de conjurar a la lesbiana que yo veía en la YWCA, en 1964, tan lejana en el tiempo y con atuendo masculino? ¿Y qué del gran libro? Parecía que mi mente se había extraviado. Pero el alivio era también inconfundible. Podía "ver" a la inefable Ed tan claramente como si la tuviera enfrente. Ciertamente, tan pronto como empecé en los días siguientes a trabajar en el artículo, con la creciente convicción de que era posible escribir acerca de algo más que del vapor, me sentí tan escandalosamente llena de energía como si, paradójicamente, se me hubiera quitado de encima un gran peso. Desechando mis viejas notas con una extraña alegría, procedí a planificar el primero de los ensayos incluidos en este volumen.

Vistas en retrospectiva, las cosas tienen más sentido que en su momento. El lesbianismo ha sido siempre un "fantasma" en mi tra-

bajo académico, un tema del que siempre me atrajo escribir (lo que algunas veces hice, pero de una manera cuidadosamente disimulada), aunque por diversas razones me sentía incapaz de abordarlo de manera directa. El gran libro, me doy cuenta hoy, era un intento desesperado por evitar la cuestión. Y aun así, me sentía constantemente desgarrada (A lo largo de los años ochenta, observaba con envidia a otros académicos —lesbianas y *gays*— más valientes que yo, referirse abiertamente a la homosexualidad en diversos libros y periódicos académicos). La epónima “Ed” me liberó de mis inhibiciones al llegar tan repentina como inesperadamente. Y, a mi vez, al conjurar a esta espectral visitante de mi propio pasado lésbico, había vuelto involuntariamente a mi tema verdadero —o me había dejado capturar por él.

¿Por qué es tan difícil percibir a la lesbiana, aún cuando esté allí a la vista, enfrente de nosotros? En parte porque ha sido convertida en “afantasmada”: la propia cultura la ha vuelto invisible. Sería eufemístico afirmar que la lesbiana representa una amenaza contra el protocolo patriarcal: la civilización occidental ha sido amenazada por el miedo hacia las “mujeres sin hombre”, las mujeres indiferentes o invulnerables ante el deseo masculino. Precisamente porque desafía la autoridad moral, sexual y psíquica de los hombres con tanta intensidad, la “amazona” siempre ha provocado ansiedad y odio. Como dice la filósofa lesbiana Monique Wittig: “El rechazo a ser (o seguir siendo) heterosexual siempre ha significado rehusarse a ser hombre o mujer, conscientemente o no. Para la lesbiana esto significa ir más allá del rechazo al *papel* de “mujer”. Es rechazar el poder económico, ideológico y político del hombre”.² Según las circunstancias, quizá no sorprenda que tantos hombres (y algunas mujeres) hayan pretendido la “desaparición” de la lesbiana. Al rehusarse a sufrir la emasculación simbólica que la sociedad occidental exige a sus miembros femeninos —de la cual depende, ciertamente— la mujer que desea a otra siempre ha sido segregada (así sea por omisión) en sí misma como proscrita y conflictiva.

Esta espectralidad de la lesbiana ha adoptado diversas formas a lo largo de la historia. Resulta vano buscar en los anales de la civili-

² Wittig, “One Is Not Born a Woman”, en *The Straight Mind*, p. 13.

zación moderna a una heroína abiertamente lesbiana: de Safo a Gre-ta Garbo, de la reina Cristina a Eleanor Roosevelt, la biografía de cualquier mujer distinguida sospechosa de homosexualidad ha sido virtualmente saneada hasta ese extremo en uno u otro aspecto, en beneficio del orden y la salud públicos. Las contribuciones lésbicas a la cultura han sido rutinariamente suprimidas o ignoradas, las obras de arte de tema lésbico, censuradas y destruidas, y los que podrían ser sus apologistas, silenciados o eliminados, como Radclyffe Hall en los años veinte.³ Desde el punto de vista de la política, a la lesbiana se le trata con frecuencia como una no persona, sin derechos ni ciudadanía, o bien como a un espantajo siniestro que debe salir de escena de inmediato (En una reciente diatriba contra cierta iniciativa de enmienda en pro de los derechos humanos en Iowa, el clérigo fundamentalista Pat Robertson denunció “un movimiento político socialista y antifamiliar que incita a las mujeres a dejar a sus maridos, matar a sus hijos, practicar la hechicería, destruir el capitalismo y hacerse lesbianas”).⁴ Al mencionar a la lesbiana, en otras palabras, se le deshumaniza.

La ley ha ignorado por tradición la homosexualidad femenina —como producto no de la indiferencia, yo sostendría, sino de una paranoia enfermiza. En contraste con la homosexualidad masculina —delito castigado con la muerte en algunos países europeos hasta el siglo XIX—, el lesbianismo raramente ha sido prohibido o proscrito tan explícitamente.⁵ Sin embargo, esta omisión aparente no debe engañarnos. Atrás de tal silencio debe detectarse frecuentemente una ansiedad demasiado severa para permitir una articulación direc-

³ La defensa ficcional del amor entre mujeres de Radclyffe Hall, *The Well of Loneliness*, fue clasificada como obscena de acuerdo con las normas de la Ley de Publicaciones Obscenas de 1857 y prohibida en Inglaterra poco después de su publicación en 1928. James Douglas, editor del Sunday Express, declaró en un editorial publicado antes de juicio: “Preferiría dar a un joven o a una muchacha saludables una dosis de ácido prúsico antes que esta novela. El veneno mata el cuerpo, pero el veneno moral mata el alma.” No fue posible eliminar la prohibición hasta 1949. Ver Baker, *Our Three Selves*, pp. 223-44 y 353.

⁴ “Using God as a Cudgel”.

⁵ Esto no significa que los actos homosexuales femeninos, cuando se detectan, hayan quedado impunes ante las autoridades civiles, según lo demuestra Lois Crompton, en “The Myth of Lesbian Impunity”, en los primeros años de la Europa moderna las

ta. Por ejemplo, cuando los miembros de la Casa de los Lores decidieron en 1921 no reformar el Acta de Enmienda de la Ley Criminal Antihomosexual de 1885 para incluir los actos de "indecencia flagrante" entre mujeres, no fue porque consideraran la amenaza del lesbianismo carente de consecuencias sino todo lo contrario, porque tenían miedo de que el solo hecho de mencionarlo pudiera diseminar todavía más tan innombrable "asquerosidad". Resultado de esa negación: la transformación de la lesbiana en una especie de fantasma jurídico.⁶

En ninguna parte se ha llevado a cabo esta labor de espectralización con más intensidad que en el campo de la literatura y de la fantasía popular. La escritura occidental ha sido durante siglos una

mujeres eran a veces sentenciadas a muerte por "delitos contra la naturaleza", de acuerdo con las leyes contra la sodomía. Por ejemplo, una alemana llamada Catharina Margaretha Linck fue ahorcada y quemada en 1721 por vestirse de hombre y haber tenido relaciones "sodomíticas" con otra mujer. Sin embargo, castigos tan drásticos eran raros. En Inglaterra, en 1746, la famosa "marido femenino" Mary Hamilton, acusada de seducir a varias mujeres para casarse con ellas y haberlas penetrado con un instrumento "que no sería apropiado mencionar", fue sentenciada a sólo seis meses en Bridewell. Bets Wiebes, acusada en Amsterdam en 1792 de haberse acostado con otra mujer "a la manera en que suele hacerlo para tener intercambio sexual con su esposa", fue sentenciada al exilio, pero acabó pasando unos cuantos meses en la cárcel. Un análisis más profundo de éstos y otros casos aparece en Compton, "The Myth of Lesbian Impunity", Eriksson. "A Lesbian Execution in Germany, 1721". Castle, "Matters not Fit to be Mentioned", y Van der Meer, "Tribades on Trial".

⁶ Son reveladores los comentarios de varios miembros del Parlamento durante los debates acerca de la enmienda. El lesbianismo era un peligro terrible, advirtió uno de ellos, porque "socavaba las instituciones fundamentales de la sociedad", destruía matrimonios y familias y causaba la "decadencia" de la raza. No obstante, al mismo tiempo se prefería mantener ocultos tales peligros. Decía Lord Birkenhead, el lord canciller, al atacar la enmienda: "Sería demasiado atrevido si afirmara que de cada mil mujeres, en conjunto, 999 nunca han oído siquiera un rumor acerca de esas prácticas. Entre todas ellas, en los hogares de este país ... va a diseminarse la mancha de esa nociva y abominable sospecha". Lord Desart avaló su punto de vista: "Van ustedes a decirle a todo el mundo que tal crimen existe, a llevarlo a la conciencia de mujeres que nunca han oído de él, que nunca han pensado en él, que nunca han soñado con él. Creo que es un enorme error". El teniente Moore-Brabazon sostenía que hay tres maneras de deshacerse de esas "pervertidas": matarlas, encerrarlas o "abandonarlas por completo". Descubrió que el último es el método más efectivo:

"Ese es el método que se adoptó en Inglaterra desde hace muchos cientos de años, y creo que hoy es el mejor; esos casos se están extinguiendo por sí mismos. Son ejemplos de ultra-civilización, pero tienen el mérito de que se extinguen solos, y, con

especie de máquina de desrealización: introduzca una lesbiana y observe como desaparece.

Las metáforas espectrales efectivas son cruciales para esta cuestión de la irrealización. Por ejemplo, en *La Religieuse* (*La Religiosa*) (1760), de Denis Diderot, la perversa superiora que persigue con lujuria a sus muchachas es un "espectro" extraño y jactancioso, mientras que en *Les Fleurs du mal* (*Las flores del mal*) (1857), de Baudelaire, la pareja de atormentadas amantes son "fantasmas" enfermizos que vagan eternamente en un espantoso infierno viviente. En *The Bostonians* (*Las Bostonianas*) (1886), de Henry James, Olive Chancellor, que ama a las mujeres, produce escalofríos en todos a su alrededor, con sus heladas manos blancas y extrañamente brillantes ojos y por su rara e "irreal" pasión por la núbil Verena Tarrant. Del mismo modo, apariciones sáficas similares siguen rondando a la literatura del siglo XX, especialmente en la literatura popular y el drama.⁷

Una vez definida la lesbiana como fantasma —lo mejor es extraerle toda autoridad sensual o moral—, ya puede ser exorcizada. En *The Bostonian*, (*Las bostonianas*) como en obras semejantes de Balzac, Gautier, Flaubert, Zola, Charlotte Brontë, Hawthorne, Wilkie Collins,

secuentemente, no diseminan o producen demasiado daño a la sociedad en su conjunto ... adoptar una cláusula de este tipo sería dañino porque introduce en la mente de personas inocentes los pensamientos más subversivos."

Véase Weeks, *Coming Out*, pp. 106-7; Jeffrey, *The Spinster and Her Enemies*, pp. 113-5 y Edwards, *Female Sexuality and the Law*, pp. 43-45. Temores semejantes pudieron haber impedido que los funcionarios nazis enmendaran en los años treinta el Párrafo 175, infame disposición que prohibía la homosexualidad masculina, para incluir el lesbianismo como delito objeto de castigo. Véase Plant, *The Pink Triangle*, pp. 114-16.

⁷ La asociación entre el lesbianismo y lo espectral emerge también en el cine hollywoodense; testigo de ello es el *thriller* psicológico de 1963 *The Haunting*, en la cual (para citar al inevitable Vito Russo) Claire Bloom "toma su dosis de alegría psicosexual abrazando a Julie Harris e inculcando a los fantasmas". Ver Russo, *The Celluloid Closet*, p. 158. En los filmes hollywoodenses los elementos espectrales de la trama se usan generalmente para añadir un cierto cariz homosexual a las que de otra forma serían situaciones convencionales de amor heterosexual. En la reciente comedia sexual *Ghost* (1991), estelarizada por Whoopi Goldberg y Demi Moore, Golberg representa a una medium, Oda Mae, que debe convencer al personaje caracterizado por Moore, Molly, de que el espíritu de su amante muerto Sam quiere comunicarse con ella a través de Oda Mae. Cuando Sam verdaderamente empieza a "hablar" con Oda Mae haciendo profesión de su amor, el efecto es curiosamente homoerótico: como si Oda Mae hablara por sí misma y no por el fantasma. La ficción del regreso del fantasma, en otras pala-

Sheridan Le Fanu, Maupassant, Colette, Proust, Arnold Bennett, D. H. Lawrence, Compton Mackenzie, Wyndham Lewis, Dorothy Strachey, Dorothy Baker, Ernest Hemingway, Sinclair Lewis, Mary Renault, Rosamund Lehmann, Jean-Paul Sartre, Lillian Hellman e incontables escritores angloeuropesos que se han detenido en el tema lésbico, la lesbiana espectral es finalmente expulsada del mundo "real" de la ficción —como evaporada por las fuerzas del decoro heterosexual. Es así como Olive Chancellor, humillada y lastimada por su rival Basil Ransom, quien le arranca literalmente a su adorada Verena en la última escena de la novela de James, sufre una extraña decoloración física y psíquica, palidece cada vez más, se debilita constantemente hasta que en la última página parece de plano desaparecer.⁸

Frente a esa letal alegorización, tal vez no sea sorprendente que tantas lesbianas hayan emprendido en la vida real una especie de auto-espectralización, escondiendo o disimulando sus deseos sexuales o segregándose voluntariamente de la sociedad a fin de escapar a tal hostilidad.⁹ La retirada hacia el secreto y el silencio a la *Garbo* puede ser un salvavidas igual que el decoroso *mariage de convenance*, como el de Vita Sackville-West y Harold Nicolson, o el de H. D. y Richard Aldington. Pero no es esta toda la historia. Como lo sugiere la letanía de nombres distinguidos del párrafo anterior, la sola fre-

bras, expresa, de alguna manera, una extraña "encarnación", en la pantalla, del erotismo mujer-mujer. Y, en la comedia de Blake Edwards, *Switch* (1992), estelarizada por Ellen Barkin, el vínculo entre la fantasmalidad y el espectáculo pseudohomoerótico es aún más impactante. Después de que Steve, un misógino abusador, es asesinado por tres mujeres y termina en el Purgatorio, Dios le informa que si quiere salir del Purgatorio y entrar al cielo, tendrá que regresar a la Tierra y encontrar a una mujer dispuesta a amarlo. La "conmutación" (*Switch*) del título, ideada en el último momento por el demonio, consiste en hacerlo reencarnar en forma de mujer, Amanda, representada por Barkin. En las escenas cómicas que siguen observamos a Steve-Amanda intentando seducir a varias mujeres, incluyendo a una lesbiana representada por Lorreine Bracoline, en un intento de encontrar a alguien que lo/la redima efectivamente, con los resultados en la pantalla estimulantes y predecibles.

⁸ "Seca, desesperada, rígida y aún así ella se tambaleó y parecía confundida", escribe James, "sus pálidos y brillantes ojos dirigidos hacia adelante como si buscaran la muerte". Véase *The Bostonians*, p. 432.

⁹ La autoprotectora "retirada del mundo" puede ocasionalmente ser contraproducente, por supuesto. Las denominadas señoritas de Llangollen, Lady Eleanor Butler

cuencia con que las lesbianas han sido convertidas en “apariciones” por la imaginación occidental, también evidencia su peculiar poder cultural. Sólo algo muy palpable, en el nivel más profundo, tiene la capacidad de “obsesionarnos a tal grado”. Es este el punto que Radclyffe Hall parece haber captado cuando usó la metáfora del fantasma al final de *El pozo de la soledad* (1928) para conjurar una paradójica afirmación de la existencia lésbica. En las páginas finales de esa desacreditada —aunque poderosamente convincente ficción—, cuando la melancólica heroína Stephen Gordon se imagina rodeada de una alucinatoria “legión” de espíritus —los fantasmas de todas aquellas mujeres de ayer y hoy que han sufrido por su homosexualidad— el verdadero misterio de la metáfora se revela repentinamente. Al compartir con sus “visitantes no invitadas” una extraña, visionaria convulsión, una especie de orgasmo fantástico del espíritu, la misma homosexualidad de Stephen resulta misteriosamente confirmada. Experimenta una animación: su “vientre estéril” se vuelve “fértil”. Y en la famosa última línea de la novela, los fantasmas empiezan a decir a través de ella, como en un éxtasis y en una voz atronadora: “¡Concédenos también el derecho a existir!”.¹⁰

Lo que sugiere esa alegoría de la inspiración de Radclyffe Hall es lo siguiente: dentro del mismo conjunto de imágenes de la negatividad yace la posibilidad de recuperación —un modo de conjurar o de llevar de nuevo al alcance de la vista lo que ha sido negado. No hay sino llevar la metáfora a sus límites para que lo invisible se rematerialice; el espíritu será carne. Es una visión interior que yo he tratado de aplicar de varias maneras en este libro. Aunque los ocho ensayos de este volumen difieren en modo y estilo —dos son explícitamente autobiográficos (“Primera Ed” y “En honor de Brigitte

y la señorita Sarah Ponsonby se hicieron instantáneamente famosas después de refugiarse juntas en una cabaña de Gales en 1778 donde durante 50 años tuvieron que mantener a raya las hordas de visitantes curiosos, ansiosos de verlas en su retiro rural. El abandono de Garbo de la vida pública después de su último film en 1941 fue igualmente paradójico: precisamente por exigir permanecer “sola”, al menos el crítico de cine homosexual Michael Bronski así lo sostenía, Garbo alimentó de hecho los muchos rumores relacionados con su poco ortodoxa vida privada. Véase Bronski “She Really Did ‘Want to be Alone’”, p. 20, 15.

¹⁰ Hall, *The Well of Loneliness*, p. 437.

Fassbaender"); tres, históricos y biográficos ("Los diarios de Anne Lister", "La obsesión de María Antonieta" y "La vivacidad de Janet Flanner"), y tres críticas literarias ("La lesbiana espectral", "Sylvia Townsend Warner y la contratrama de la ficción lesbiana" y "Asediada por Olive Chancellor"— cada uno es, en el fondo, una especie de invocación; un llamamiento al muy espectralizado aunque vital sujeto lésbico, confrontando precisamente las diferentes clases de negación y abstracción con las que usualmente se asocia.

En este punto es razonable preguntar: ¿quién es exactamente este espectral sujeto lésbico que pretendo invocar? Permítaseme primero enlistar algunas cosas que creo que no es:

1. *No es una invención reciente.* Supongo que aquí rebato aquella teoría, popularizada por los historiadores de la sexualidad influidos por el finado Michel Foucault, que sostiene que el lesbianismo, por lo menos en ese sentido flagrante muy sexualizado con que entendemos actualmente el término hoy en día, es por lo general una invención de los sexólogos masculinos de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Antes de que Krafft-Ebing, Havelock Ellis, Sigmund Freud y otros inventaran la "noción" de la desviación sexual femenina, alrededor de 1900, o por lo menos así se sostiene generalmente, no había nada parecido a la identidad lesbiana, ninguna mujer declaraba su "conducta homosexual". La lesbiana se hizo posible, supuestamente, sólo después de que fue "producida" por los clínicos del fin de siglo. El argumento se sostiene en el hecho de que los términos lesbiana y homosexual son relativamente recientes; acuñados por primera vez por los escritores médicos a finales del siglo XIX. ¿Qué hacían las mujeres a quienes se les ocurría desearse una a la otra antes de que apareciera la crucial nomenclatura? De acuerdo con los defensores más extremos del modelo sexológico, se sentaban principalmente a tejer, a disecar flores en los álbumes y a escribirse cartas románticas. Si alguna vez iban juntas a la cama, la cuestión era estrictamente platónica, unos cuantos abrazos y "queridas" y una buena dosis de confusión epistemológica.¹¹

¹¹ Lillian Faderman, cuyo seminal estudio, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*, ha influido profundamente a las académicas lesbianas de la última década, es indudablemente la defensora mejor conocida y la más elocuente del modelo sexológico. Faderman reafirmó

Nada de esto me parece muy convincente —y no sólo porque confíe tanto en una condescendiente creencia en la ingenuidad intelectual y erótica de las mujeres de épocas pasadas. Lo que los defensores de la teoría “cero lesbianas antes de 1900” olvidan es que existen múltiples formas de descubrir el deseo propio. Retomemos la cuestión de la literatura y la representación literaria. Como demostró la difunta Jeannette Foster en 1956, en su brillante e injustamente olvidado estudio bibliográfico *Mujeres sexualmente distintas en la literatura*, el amor entre mujeres ha sido un motivo en el arte y la cultura europeos desde los tiempos clásicos, y un prominente tópi-

cientemente la hipótesis de “no lesbianas antes de 1900” en *Odd Girls and Twilight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America*, secuela de *Surpassing the Love of Men*:

“Fue en gran medida obra de los sexólogos que la difundieron poco a poco entre los legos, pero finalmente llegó a ser parte de la sabiduría popular después de la primera guerra mundial, lo que influye en los puntos de vista distorsionados acerca de la intimidad de las mujeres entre ellas. Debe decirse que los sexólogos cambiaron el curso de las relaciones entre personas del mismo sexo no sólo porque arrojaron la sospecha sobre las ‘amistades románticas’, sino también porque ayudaron a que fuera posible establecer comunidades lesbianas por medio de sus teorías, lo que segregó a las lesbianas del resto de las mujeres, y presentaron nuevos conceptos para describir ciertos sentimientos y preferencias que antes formaban parte del espectro de las experiencias femeninas “normales”. En los primeros años del siglo XX muchas mujeres enamoradas de otras mujeres rechazaron estos nuevos conceptos por irrelevantes, ya que podrían considerar sus sentimientos “amistades románticas”, pero para el final de la primera guerra mundial ya había desaparecido virtualmente toda tolerancia hacia cualquier manifestación de lo que en aspectos anteriores había sido considerado “amistad romántica”... Las generaciones posteriores de mujeres enamoradas de otras mujeres pronto no tuvieron otra opción que considerarse ellas lesbianas y hacer esfuerzos hercúleos de racionalización a fin de explicarse a sí mismas el modo en que eran distintas de las lesbianas verdaderas.” (35)

Otras académicas han sostenido argumentos similares: véase Sahli, “Smashing”, y a Smith-Rosenberg, “The Female World of Love and Ritual”. No obstante, el modelo psicológico de Faderman también ha suscitado opiniones en contra; en “From Sexual Inversion to Homosexuality”, George Chauncey, Jr. señala alguna de las contradicciones entre los escritores sexológicos del lesbianismo y sostiene que escritores como Kraft-Ebing y Ellis pudieron haber tenido menos influencia en las mujeres reales de lo que supone Faderman. Y más recientemente, tanto Van der Meer, en “Tribades on Trial”, (véase nota 5) y Trumbach en “London’s Sapphists”, encuentran indicios de una “identidad lesbiana” emergente mucho más tempranas entre las llamadas marimachas y las sáficas de la Europa de los siglos XVII y XVIII. Véase Vicinus, “They Wonder to Which Sex I Belong”, una excelente y reciente antología de la cuestión de la identidad desde el punto de vista académico.

co literario por lo menos desde el Renacimiento. Es verdad que gran parte de los escritos que se ocupan del lesbianismo son productos de hombres y con frecuencia de naturaleza satírica, pornográfica o "clandestina". Pero ¿debemos asumir por ello que las mujeres nunca tuvieron acceso a esta floreciente tradición popular o que de algún modo se las arreglaron (hasta Freud) para mantenerse indiferentes a su imaginería sexual, frecuentemente exuberante? El puro sentido común sugiere otra cosa: yo sostengo que es difícil contemplar ciertos pasajes de las *Sátiras* de Juvenal, los *Epigramas* de Marcial, *Las Metamorfosis* de Ovidio, el *Orlando Furioso* de Ariosto, los *Diálogos* de Aretino, *La Arcadia* de Sir Philip Sidney, *Como gustéis* o *La noche de Epifanía* de Shakespeare, *Volpone* de Ben Jonson, las *Sátiras*, *epigramas* y *cartas versificadas* de John Donne, *Las memorias de una mujer del placer* de John Cleland, la *Pamela* de Samuel Richardson, *La Religieuse* de Diderot, *Las relaciones peligrosas* de Laclos, *Christabel* de Coleridge, *El mercado de gobelinos* de Cristina Rossetti, *La Fille aux yeux d'or* de Balzac, los *Poemas y baladas* o *Lesbia Brandon* de Swinburne, o la *Naná* de Zola —todas ellas obras bien conocidas— sin que ciertas ideas cosquilleantes nos vengán instantáneamente a la cabeza. A pesar de todas sus mistificaciones, la literatura es (todavía) el espejo de lo conocido, y la civilización occidental —según parece— siempre ha sabido, de alguna manera, de las lesbianas.

Una observación semejante puede hacerse en relación con los términos *lesbiana* y *homosexual*. Pueden ser neologismos, ciertamente, pero siempre han existido otras palabras —toda una malhablada muchedumbre— para señalar a la amante de la mujer: *lesbiana* (masculino), *fricatriz*, *sáfica*, *rugidora*, *amazona*, *fenómeno*, *brincadora*, *zanja*, *carnicera*, *marimacha*¹² Incluso los vocablos en apariencia inocentes

¹² Todos los términos precedentes, con la excepción *dyke* y *bull dagger*, acuñados en los primeros años del siglo xx, ya estaban en uso desde antes de la década de 1880 y 1890. Como lo ha señalado Van der Meer, tanto *tribade* —que viene del latín *faemina tribades*— como *fricatrice* aparecen en documentos legales del siglo xvii y xviii junto con términos emparentados *subigatrix* y *clitorifant*. *Sapphist*, *amazon*, *freak* y *tommy* aparecen en varias fuentes del siglo xviii y xix. Hester Thrale Piozzi acusa a María Antonieta de ser una "sáfica" en una de las páginas de su diario correspondiente a 1789. María Edgeworth usa *amazon* y *freak* para aludir a la desviación sexual de un personaje femenino de su novela *Belinda* (1801). En *A Sapphic Epistle, from Jack Cavendish to Mrs. D*****

mujer rara o chica extraña aparecen con tan tentadora regularidad en los primeros escritos de tema lésbico, que sugieren la posibilidad de un sinnúmero de términos perdidos o suprimidos dentro del código.¹³ Y donde hay palabras —aún cómicas, prohibidas o de doble sentido— hay identidad. Como sostengo en dos de los ensayos de este volumen, “Los diarios de Anne Lister” y “La obsesión de María Antonieta”, se pueden encontrar evidencias demoledoras de una cierta consciencia lésbica incipiente mucho antes de la llamada invención de la lesbiana alrededor de 1900. En el primer ensayo reflexiono sobre el interesante caso de Anne Lister (1791-1840), una inglesa poco conocida que se las ingenió para mantener una vida amorosa homosexual activa y altamente satisfactoria en el Yorkshire

(1782), panfleto anónimo contra una tal Misses Damer, notable en la década de 1780 por sus búsquedas sexuales hacia otras mujeres. se describe a Safo como “la primera machorra [Tommy] del mundo de la que se tiene constancia escrita”. Randolph Trumbach escribe: “‘Tommy’ fue el término popular libertino para referirse a una mujer sáfica”, probablemente el equivalente femenino de *molly* (prostituta), el término coloquial usado para designar a los homosexuales masculinos desde los primeros años del siglo XVIII. Véase “London’s Sapphists”, p. 132.

¹³ Yo sostendría que un significado “lésbico” subterráneo podría estar presente en el término “rara” y todos sus derivados desde 1755. En la escandalosa autobiografía que publicó ese año, la actriz inglesa travestista Charlotte Charke se refería a sí misma como una “mortal rara” y repetidamente subrayaba la “rareza” de su historia, que incluía episodios de sus viajes vestida de varón por largos periodos acompañada de una mujer que pasaba por su esposa. Anne Lister, al escribir en su diario en los años 1820, hablaba de su deseo sexual hacia otra mujer refiriéndose a su “rareza” o “raro fenómeno”: al encontrarse con una dama de inclinaciones semejantes llamada Miss Pickford en 1823, hablaba de un “raro” sentimiento. Más adelantado el siglo XIX y al comenzar el XX, la palabra aparece inevitablemente siempre que se alude al deseo mujer-mujer —especialmente en la ficción—. Es así que Basil Ransom, en su primer encuentro con Olive Chancellor en *The Bostonians*, se sorprende a sí mismo pensando que “esta prima suya, de Boston, era muy rara” (64). Después de que la juvenil Stephen Gordon rechaza a un pretendiente en *The Well of Loneliness*, de Radclyffe Hall, sus vecinos murmuran de ella “que siempre ha sido rara y ahora por alguna razón parecía más rara que nunca” (107). Tampoco puede ser una coincidencia, yo creo, que la palabra aparezca tan frecuentemente en los títulos de los libros de tema lésbico. Sólo hay que pensar en (*Odd Girls Out*) de Ann Bannon (1957), una de las novelas sensacionalistas sobre Beebo Brinker, una lesbiana de Greenwich Village en los años cincuenta; (*Odd Girls Out*) de Elizabeth Jane Howard (1972), acerca de una joven que casi destruye un matrimonio acostándose primero con el marido y después con la esposa; o, incluso, *Odd Girls and Twilights Lovers* (1991), de Lillian Faderman, historia de la vida de la lesbiana estadounidense del siglo XX.

rural de la década de 1820 (Aunque discreta en sus apariciones públicas, Lister escribió libremente en su diario acerca de su “rareza”, como la llamaba, justificándola filosóficamente con los escritos de Rousseau y Byron). En el segundo, al tratar del culto homoerótico que surgió alrededor de María Antonieta en el siglo XIX en Inglaterra y en Francia, sugiero que esa autoconciencia libidinal pudo haber sido no tan escasa. Como los rumores acerca de la homosexualidad de María Antonieta se propagaron ampliamente en el siglo XIX, yo sostengo que quienes veneraban su memoria con frecuencia afirmaban —a veces explícitamente— sus propios impulsos lesbianos. Predigo que a medida que se realicen más investigaciones de archivos sobre la vida de las mujeres del pasado se irán materializando más casos de conciencia lésbica “prematura”, lo que arrojará aún más dudas sobre la hipótesis de la invención reciente. Los trabajos sobre la historiografía lésbica y gay apenas empiezan.¹⁴

2. *No es asexual*. Este es sólo el corolario de 1. Una de las razones por las que los historiadores de la sexualidad han tratado con tanto interés el lesbianismo como un fenómeno recientemente “inventado” (y por tanto limitado), según me parece, es que para mucha gente resulta —todavía— muy difícil aceptar que las mujeres pueden y tienen relaciones sexuales entre sí. Según parece, mientras menos, mejor. Podemos reír ante la legendaria incredulidad de la reina Victoria cuando sus ministros le informaron —durante las deliberaciones parlamentarias acerca de la susodicha Enmienda de la Ley Criminal— que sí, el sexo entre mujeres era técnicamente posible. Sin embargo, es notable la frecuencia con la que semejantes “bloqueos” de la imaginación afligen a los más mundanos. Es revelador, creo yo, que cuando el primer volumen del diario de Anne Lister se publicó, en 1988, inmediatamente se rumoró que era una falsificación, precisamente a causa de su abierta y explícita sexualidad (En cierto pasaje, la infatigable Lister, hablando de su amante M. describe como “se la echó” tres veces en una sola noche; en otra parte, tiene fantasías de que tiene pene y de que se lleva a su amiga

¹⁴ Pienso aquí especialmente en el trabajo reciente de Trumbach y Van der Meer, así como el de Elaine Hobby que está escribiendo un estudio sobre el lesbianismo en el siglo XVII.

a un cobertizo y se la coge). Era imposible, se decía, que una mujer en la década de los 1820 pudiera tener tan escandalosa y disfrutable vida sexual: *las mujeres simplemente no hacían eso en esa época*. Sin embargo, tras esa suposición, creo, acechaba otra: tampoco lo hacen hoy día. Paradójicamente, incluso entre algunas historiadoras del feminismo se puede detectar esta enfermiza renuencia a darse cuenta —como si el lesbianismo y el “no hacerlo” fueran, de cierto modo perversamente sinónimos.¹⁵

¹⁵ Cuando uno de los editores de la *Women's Review of Books* me dio, en 1989, el primer volumen del diario de Lister, editado por Helena Withbread, para hacer de él una reseña, mencionó ese rumor satírico y me pidió que decidiera, después de leer el diario, si tal rumor podía ser verdadero. Enseguida llegué a la conclusión de que no lo era, no obstante los procedimientos editoriales de Withbread, en momentos muy descuidados. Para alguna mente suspicaz, el que Withbread no hubiera sido capaz de descubrir “el código secreto” con que las partes eróticas del diario fueron escritas o el modo en que la clave fue finalmente descifrada, bien pudo dar lugar a la duda. Sin embargo, fue un alivio descubrir, algún tiempo después, un ensayo académico de unos veinte años atrás acerca del diario, de Phyllis M. Ramsden, “Anne Lister’s Journal (1817-1840): An Unusual and Valuable Contemporary Record”. El alivio se convirtió en confusión, sin embargo, cuando resultó que Ramsden, quien había descubierto y decodificado el diario en 1858, junto con otra colega, “la difunta Miss Vivien M., bachiller en Artes”, había ocultado por completo su sensacional contenido sexual. De la vida personal del sujeto, Ramsden dijo sólo que Lister “mostraba poca inclinación al matrimonio” y buscaba “amistades sentimentales entre otras de su propio sexo”. En relación con los lúbricos pasajes “crípticos” se mostró artificiosa:

“La presencia del alfabeto ‘críptico’ pudo haber inhibido a algunos posibles lectores del pasado, ya que es natural suponer que los pasajes secretos son de una significación especial y deben ser descifrados a toda costa. Por fortuna, no es el caso siempre. Con pocas excepciones, los pasajes con alfabeto “críptico” no son de interés histórico alguno. La señorita Lister usaba su diario con tres diferentes propósitos: primero, como un registro factual de sus actividades y sus intereses; segundo, una vez que sus responsabilidades aumentaron, como una bitácora profesional; y, tercero, como un diario personal de su salud, sus relaciones con sus parientes y sus amigos, y sus altas y bajas personales. Todos los pasajes ‘crípticos’ corresponden virtualmente a esta última sustanciosa categoría. Es cierto que la utilizó en aras de la discreción, ya que algunos de los pasajes se refieren a cuestiones familiares y financieras, pero éstos pueden finalmente identificarse por el contexto y son por lo general lo suficientemente cortos como para ser descifrados con rapidez. Además, los pasajes ‘crípticos’ tenían que ser puramente personales y puede darse por sentado que en la medida en que el pasaje es más largo, vale menos la pena el tedio de descifrarlo” [10].

He aquí la fantasmalización perenne de la lesbiana. En este caso, en el nombre de un honorable academicismo.

He tratado de maniobrar alrededor de esta clase de negación, más bien insidiosa y ascética, enfocando, siempre que ha sido posible, los aspectos corporales y eróticos de la experiencia lésbica. Soy escéptica, por ejemplo, cuando los académicos o críticos sostienen —como alguno de ellos lo hizo hace poco— que el lesbianismo es simplemente otra forma de vínculo “homosocial” insulsamente análogo al “lazo entre madre e hija [...] a la relación entre hermanas, la amistad entre mujeres, la ‘creación de redes’, y las activas batallas feministas”.¹⁶ En el ensayo “Sylvia Townsend Warner y la contratrama de la ficción lésbica”, sugiero que la debilidad de esta teoría radica en el modo en que se oculta la especificidad —casi melodramática, pudiera decirse— del deseo lésbico, su incorregible impulso lascivo hacia el cuerpo de otra mujer. No obstante, trato de “recarnalizar” estas cuestiones en otra parte también —como cuando reflexiono, en “La vivacidad de Janet Flanner”, acerca del placer sensual con el que Janet admira los desnudos femeninos de Ingres o, en “Elogio a Brigitte Fassbaender”, sobre el exquisito placer libidinal que puede derivarse de la voz y el cuerpo de una cantante de ópera.

3. *No es un hombre gay*. Esto puede parecer obvio, pero con frecuencia, curiosamente, no lo es. Cuando algún líder religioso conservador denunció recientemente a los “homosexuales, lesbianas y prostitutas” como “el origen del sida” y los conminó a “la vida normal”, podía sentirse —al mismo tiempo que la histeria moral de la búsqueda de un chivo expiatorio y un pánico sexual casi gótico— un cierto proceso de confusión conceptual: aparentemente no importaba el hecho de que las lesbianas tuvieran una tasa de infección por HIV relativamente baja en los años ochenta —mucho más baja que la de los hombres *gay* y las prostitutas, o de virtualmente cualquier otro grupo humano, homosexual o heterosexual, reconocido por el Centro de Control de Enfermedades. En la medida en que las lesbianas, como los hombres *gays*, se entregaran a las “prácticas homosexuales” eran tan “culpables” —a los ojos del torquemadesco exorcista— como sus depravados hermanos en el pecado.¹⁷

¹⁶ Sedgwick, *Between Men*, p. 2.

¹⁷ La voz en este caso corresponde al líder musulmán Hasan Basri. Véase “World View”. Puntos de vista semejantes parecen florecer aún entre ciertos miembros de la

Podríamos considerar esta clase de ceguera una especie de fantasmalización por asimilación. Tan pronto como la lesbiana es confundida —para bien o para mal— con su contraparte homosexual masculino, la singularidad de su experiencia —sexual o de cualquier otra clase— tiende a hacerse borrosa. Nos “olvidamos” de la lesbiana enfocando al hombre *gay*. Tal olvido puede ocurrir incluso —irónicamente— en el preciso instante en que la lesbiana se autoafirma con mayor vehemencia. Al presentar la *Lesbiana espectral* a varios grupos de académicos el año pasado, no pude evitar notar la frecuencia con que la primera pregunta que se me hacía al terminar mi charla era “¿y qué pasa con los *gays*?” o algo por el estilo —como si yo hubiera cometido implícitamente un delito contra las buenas costumbres atreviéndome a hablar sobre el lesbianismo sin mencionar la homosexualidad masculina. Incluso entre escuchas cultivados y de mente abierta, era extremadamente difícil mantener el foco sobre el lesbianismo, según me di cuenta; —era tan poderoso el condicionamiento colectivo por volver al tema del amor entre hombres como si, paradójicamente, fuera algo menos extraño o menos amenazante que el amor entre mujeres.

A eso se debe que, al hablar del lesbianismo en este libro, he evitado casi totalmente el uso de términos falsamente protectores como *gay* o *rara*, y me he resistido a situar mi versión de la fenomenología lésbica bajo la rúbrica actualmente de moda de la *teoría de lo amanerado* (*queer theory*). El término *amanerado* (*queer*) se ha vuelto muy popular entre los círculos académicos activistas y progresistas, en parte —según me parece— debido precisamente a que hace fácil encubrir la homosexualidad femenina “dentro” del homosexualismo masculino y descorporeizar de nuevo a la lesbiana. Comulgo con los puntos de vista publicado en *Village Voice* que la dramaturga lesbiana Holly Hughes expresó durante una mesa redonda reciente acerca de la teoría de lo amanerado:

policía de San Francisco que han insistido en utilizar guantes de goma al arrestar manifestantes lesbianas durante las demostraciones en pro de los derechos civiles. Acerca del número relativamente bajo del contagio de HIV entre mujeres, véase Ann Japenga, “Gay Women and the Risk of AIDS”, *Los Angeles Times*, 2 de abril de 1986; y S. Chu *et al.*, “Epidemiology of Reported Cases of AIDS in Lesbians, United States, 1980-89”, *American Journal of Public Health* (noviembre, 1990) 80:1380-81.

Sostengo una posición ambivalente ante el término *rara*. Creo que en cierta forma es útil —tiene el factor de humillación, provoca la confrontación. Y la palabra tiene asimilado algo de la experiencia de no pertenecer que está inscrita ella. Cuando una se la espeta a la gente puede producir una cierta sensación de poder. Tiene también limitaciones. En cierto modo me recuerda la palabra *gay*. Como mucha gente, me he esforzado mucho para que se use la palabra lesbiana. Confundirnos [con los *gays*] elimina las diferencias, las desigualdades que nos separan.¹⁸

En esta cuestión, el trabajo de Eve Sedgwick, la más elocuente defensora de la *teoría de lo amanerado* en el mundo académico, ha sido una inspiración y un acicate. Si bien nadie puede menospreciar el inmensamente valioso trabajo que Sedgwick ha realizado para llevar el tema de la homosexualidad a la palestra intelectual (y el lector cauto encontrará las sutiles huellas de su influencia a lo largo de este libro), el tema del lesbianismo simplemente no es de su interés en un importante sentido. En su libro de 1985, *Entre hombres: literatura inglesa y deseo homosocial masculino*, es desconcertante el modo en que evita meticulosamente el tema del lesbianismo —lo que, como señalo en el artículo ya mencionado sobre Townsend Warner, es incluso una condición esencial del argumento de ese libro. Y aún en su libro más reciente, *Epistemología del clóset* (1990) —aunque ahí defiende su orientación masculinista con mayor gracia y convicción que en *Entre hombres*— el enfoque en los hombres y la homosexualidad masculina se mantiene más bien inalterado (Su tema primordial, como lo hace notar en la introducción, es esa “crisis crónica y hoy endémica de la definición homoheterosexual señaladamente masculina, iniciada al final del siglo XIX”; los escritores que elige para ilustrar el tema son Melville, Wilde, Nietzsche, James y Proust). En la medida en que la *teoría de lo amanerado* parece referirse todavía, por lo menos en la encarnación que de ella hace Sedgwick, al estudio de la homosexualidad masculina, principalmente, estoy en desacuerdo con su lenguaje y su aspiración a la universalidad.¹⁹

¹⁸ Véase “Identity Crisis: Queer Politics in the Age of Possibilities”.

¹⁹ En consonancia con el tono político de mi introducción, reduje por supuesto muchas de las cuestiones implicadas en los actuales debates académicos sobre la teoría de lo afeminado. Respecto de un análisis más extenso del problema de la nomenclatura y alguna de sus implicaciones teóricas, véase la introducción de Teresa de Lauretis en el número especial de “Queer Theory”, de *Differences*. En el mismo número en “A la busca del vampiro”, Sue-Ellen Case ofrece algunas interesantes reflexiones sobre la palabra “afeminado” (*raro*) y la provocativa relación entre la “teoría de lo afeminado”

4. *No es una tontería*. En este punto, finalmente, estoy fuera de la corriente del pensamiento actual. Especialmente entre los académicos *gays* y lesbianas formados en la filosofía del continente (incluyendo a un buen número de los llamados teóricos de lo amanerado), se ha vuelto popular últimamente debatir, siguiendo la línea del desconstruccionismo, la carencia de significados de términos como, *lesbiana*, *gay*, *homosexual* o *salir del clóset*. Nadie sabe lo que tales palabras significan realmente, reza el argumento. Carecen de transparencia lingüística. Las razones que se adelantan para apoyar esta posición a veces son apabullantes. Por ejemplo, a continuación una de tales críticas, ella misma lesbiana atacando el término lesbiana a tambor batiente:

¿Qué o quién es lo que está “afuera”, de modo manifiesto y totalmente abierto, cuando y si me declaro lesbiana? ¿Qué es lo que ahora se sabe, si es que se sabe algo? ¿Qué permanece oculto por el simple acto lingüístico que ofrece la promesa de una revelación transparente de la sexualidad? ¿Puede la sexualidad seguir siendo sexual una vez que se somete a un criterio de apariencia y apertura, o simplemente deja de ser sexualidad precisamente cuando se logra la apariencia de tal explicitud?

“Declarar que eso es lo que yo soy es sugerir una totalización provisional de ese ‘yo’”

“Pero si el yo puede así determinarse a sí mismo, entonces lo que excluye con el propósito de hacer tal determinación sigue siendo constitutivo de la propia determinación. En otras palabras, tal afirmación presupone que el “yo” excede a su determinación e incluso produce ese mismo excedente en y por el hecho de que pretende vaciar el campo semántico de ese “yo”. En el acto que tendría que develar el contenido verdadero y total de ese “yo” se produce *ipso-facto* un ocultamiento radical. Porque finalmente siempre es oscuro lo que se significa al invocar el significante lesbiana, en tanto que su significación siempre está en cierta medida fuera del control de la persona, pero también porque su especificidad sólo puede ser delimitada por las exclusiones que vuelven para alterar su proclamada coherencia”.²⁰

Francamente, no estoy de acuerdo. No me parece que “siempre sea oscuro lo que se significa al invocar el significante lesbiana”. Supon-

por un lado y la teoría lesbiana, por el otro. En el ameno estudio de vampirismo lesbiano que sigue, un ser a quien Ella identifica como “afeminado” precisamente al extremo de que se enfrenta a los “parámetros platónicos del Ser, las fronteras entre la vida y la muerte”, Case describe un primer “beso de primo”, por así decirlo, de mi propia figura de la lesbiana espectral.

²⁰ Judith Butler, “Imitation and Gender Insubordination”, p.15.

go que en esto soy una especie de wittgensteiniana de clóset. Creo que vivimos en un mundo en el que la palabra *lesbiana* todavía tiene sentido y que es posible usar la palabra con frecuencia, incluso líricamente, y ser entendida. Me acuerdo de un estudiante en un curso que yo daba sobre lesbianismo y literatura, que insistía en preguntarme, incluso con rudeza, el significado del término. ¿Lesbiana era simplemente una mujer que tenía sexo con otra mujer? ¿Y entonces qué con la mujer que tenía sexo con mujeres pero que negaba ser una lesbiana? ¿Y qué con las mujeres que tenían sexo con mujeres y también con hombres? ¿Y las mujeres que querían tener sexo con otras mujeres, pero no lo tenían? ¿Y qué, querían o no podían? Y así sucesivamente, hasta el absurdo hipotético de la mujer lisiada, casada, incapaz de tener sexo con su marido (o con cualquier otra persona), que se consideraba heterosexual aunque inconscientemente deseaba tener sexo con mujeres. Yo respondía a tales preguntas inevitablemente diciendo que usaba el término en la acepción “ordinaria” o de “diccionario” o “vernáculo” (Una lesbiana, de acuerdo con el *Noveno Webster* es una mujer “caracterizada por una tendencia al deseo sexual directo hacia otra del mismo sexo”). De hecho, sostengo todavía que si en el discurso ordinario yo digo “soy lesbiana”, el significado es instantánea e incluso peligrosamente claro: soy una mujer cuya principal lealtad emocional y erótica es hacia mi propio sexo. El uso confiere significado y lo delimita al mismo tiempo: la palabra es parte de un “juego de lenguaje”, como diría Wittgenstein, del que todos conocemos las reglas.²¹

²¹ Estoy consciente de que mi seguridad puede irritar a algunos lectores, aquellos que se inclinan a percibir la sexualidad lesbiana como un problema filosófico “irresoluble, incluso resbaladizo, difícil, contradictorio” y, en última instancia, imposible de definir. A estos lectores sólo puedo recomendarles, a modo de alivio, la elocuente meditación de Judith Roof sobre la cuestión de la definición en *ALure of Knowledge*. Roof, como Judith Butler, se asombra profundamente de lo que puede significar decir que es una lesbiana:

“Identificarse como lesbiana requiere ya de un contexto donde la experiencia y la representación se definan recíprocamente. No existe un sitio “puro” que no sea afectado por el lenguaje y la cultura y que me diga que sexualidad e identidad están en primer lugar: cualquier concepto de sexualidad que tenga es necesariamente una mezcla de implicaciones sociales, deliberaciones teóricas y diversas elecciones filosóficas, emocionales y libidinales”.

Que el significado de lesbiana es en la práctica más estable y accesible de lo que algunos aspirantes a deconstruccionistas aceptarían puede demostrarse, pienso, con el siguiente ejemplo un tanto cómico. En mi primer párrafo me refiero a Greta Garbo como lesbiana, a pesar del hecho, que algunos lectores conocerán, de que ocasionalmente tuvo aventuras con hombres y con mujeres. ¿Por qué no referirse a ella más apropiadamente como bisexual? Porque creo que tiene más *significado* referirse a ella como lesbiana, y no soy la única persona que piensa de este modo. Cuando se le preguntó en 1938 al director de orquesta Leopold Stokowski acerca de su supuesta aventura con la actriz sueca, respondió: "Jerry, ¿has hecho el amor alguna vez con una lesbiana? ¡Es maravilloso!..."²² Sí, es maravilloso." Pero sabemos que lo es porque la palabra "significa" algo que de inmediato captamos: que si bien la Garbo a veces hace el amor con hombres, prefiere hacerlo con mujeres. En efecto, la clave de la broma radica en la inmanencia del significado: es la preferencia de la Garbo, paradójicamente, lo que hace de ella a los ojos del maestro algo tan deleitable.²³

¿Quién es entonces ese ser fantasmagórico que trato de traer a la vida en este libro? Puedo caracterizarla mejor, según creo, tomando prestado un término por el del crítico literario Edward Said. En

Y aún, hasta cierto punto, ella misma admite que una(o) tiene que continuar dejando la cuestión filosófica de lado y confiando incondicionalmente (si bien de modo narcisista) en sus propios instintos:

"Incluso si no sé con precisión lo que es una lesbiana, busco en el texto lésbico lo que retóricamente sucede con las relaciones eróticas entre mujeres, y encuentro, tal vez de manera narcisista su función catalítica en las teorías feministas de la lectura y la escritura. Comienzo con esta perspectiva precisamente para que la lectura, incluso de tipo académico, sea estimulada, al menos para mí, por un impulso libidinal conectado tanto a una práctica sexual como con la forma de mi propio deseo" (120).

Roof y yo hablamos distintos ideolectos críticos, pero admiro su candor y la apoyo por completo cuando dice: "No creo estar donde comencé, pero parece que siempre he estado allí".

²² Citado en Lebrecht, *The Maestro Myth*, p. 147.

²³ O tal vez no. Muchos dudan que el mentado asunto haya tenido lugar. "Garbo era lesbiana". Oliver Daniel, biógrafo de Stokowski le dijo a Norma Lebrecht, "dudo mucho de que hayan sido algo más que buenos amigos". De acuerdo con el segundo biógrafo, Abram Chasins, "Stokowski, era incapaz de dar o recibir satisfacción sexual y probablemente nunca puso un dedo en la intocable Reina de Hielo". Véase Lebrecht, *The Maestro Myth*, pp. 145-47.

un ensayo reciente sobre la literatura de las minorías y las políticas de identidad, Said habla con elocuencia de “la útil noción de mundanidad”. Mundanidad, de acuerdo con Said, es esa humana y expansiva facultad de la mente que le permite a una(o) ver las cosas “en un escenario global” —como parte esencial de un mundo más grande de “articulaciones formales”. La mundanidad es lo contrario del “separatismo”; no tiene nada que ver con la fetichización de un elemento de la experiencia por encima de otro. Más que perseguir “un pequeño rincón del mundo, defensivamente constituido”, el individuo verdaderamente mundano busca habitar “la enorme casa de múltiples ventanas de la cultura como un todo”.²⁴

La lesbiana que he tratado de invocar en este libro es, sobre todo, un ser *mundano* en el sentido saidiano, lo cual no quiere decir que no sea “mundana” también en el sentido convencional. Una vez más: raras veces la vemos como tal: civilizada, ingeniosa, llena de estilo y *savoir faire*.

En términos de estereotipos culturales, los *gays* han monopolizado el departamento del ingenio y la exquisitez, mientras que la lesbiana trata desesperadamente de subirse al último carro —una figura lastimosa y grosera, de traje sastre aguado o chamarra de motociclista que le sienta mal. Y aun cuando nos percatemos de las vidas y los logros de las mujeres reales, ¿qué estereotipo podría ser más falso? ¿Quién más “civilizada” que Janet Flanner, corresponsal del *New Yorker* en París por más de 50 años? ¿O Gertrude Stein, con su salón? ¿O Wanda Landowska, la gran música y sublime intérprete de Bach? ¿O Berenice Abbott, la célebre fotógrafa? ¿O Marguerite Yourcenar, la primera escritora admitida por la Academia Francesa?

¿Quién más elegante que Elizabeth Bishop? ¿O más ingeniosa que la particularmente devastadora Violet Trefusis? (Trefusis dice de las pinturas rupestres de Lascaux: “*Trops mignons, ces Cromagnons*”) (“Qué moñonos los cromañones”).²⁵ ¿O quién más *oportuna* que la joven novelista británica Jeanette Winterson? En la reciente novela de la mayoría de edad lesbiana de Winterson, *Las naranjas no son las únicas frutas* (1985), hay un maravilloso pasaje en el que la precoz

²⁴ Said, “The Politics of Knowledge”, p. 28.

²⁵ Trefusis, *Don't Look Round*, p. 219.

narradora describe la elaboración de un tableau Wagneriano a base de cascarones de huevos de Pascua para un concurso escolar:

Cortamos un pedazo de cartón para armar el escenario, Elsie hacía el fondo y yo las rocas con mitades de cascarones. Estuvimos despiertas toda la noche dedicadas a los personajes, a causa de los detalles. Habíamos escogido la parte más hermosa, "Brunhilda se enfrenta a su padre". Yo hacía a Brunhilda, y Elsie hacía a Wodin. Brunhilda tenía un casco hecho con un dedal y unas alitas formadas con plumas de la almohada de Elsie. "Necesita una lanza", dijo Elsie. "Te daré un palillo coctelero si no le dices a nadie en qué lo voy a usar." Para el toque final, corté un poco de mi cabello para hacer el pelo de Brunhilda. Wodin era una obra maestra. Un huevo amarillo de doble yema con una galleta Ritz a modo de escudo y un parche embonado en el ojo. Le hicimos una carroza con una caja de cerillos que le quedaba muy chica. "Efecto dramático", dijo Elsie. Al día siguiente me lo llevé a la escuela y lo puse junto a los otros; no había comparación. Imagínate mi horror cuando no ganamos. Yo no era una chiquilla egoísta y, comprendiendo la naturaleza del genio, me hubiera inclinado contenta ante el talento de otro, pero no frente a tres huevos forrados de algodón de lana titulado "Conejitos de Pascua" ".²⁶

En este texto, es precisamente la sutil yuxtaposición de lo grande y lo pequeño, lo grandilocuente y lo miniaturizado, la pomposidad infantil y la ironía del adulto, lo que Winterson revela de sí misma como ama reinante del humorismo lésbico postmoderno.

Sin embargo, lo que quiero a fin de cuentas es asociar mi sujeto lésbico con este tipo de mundanidad más profunda —esa humanidad expansiva, extrovertida y multifacética descrita por Said. Es necesario que reconozcamos cuán plenamente, aunque de manera invisible, las lesbianas han sido integradas al entramado mismo de la vida cultural. Es ésta, por supuesto, una paradoja: de qué manera tan completa, a pesar de toda la hostilidad enfilada en su contra, ha podido insertarse en el enorme universo de los asuntos humanos. Ninguna de las mujeres invocadas en este libro —desde la audaz Anne Lister hasta la cosmopolita Flanner— permitió jamás que el sentimiento de enajenación sexual o de "marginalidad" se interpusiera en el camino de su curiosidad, autoeducación o ambición: cada una buscó participar al máximo en la rica vida comunitaria de su tiempo (y generalmente lo logró). Tal apertura a la experiencia puede ser, de hecho, típica de la mujer homosexual, y no sólo porque

²⁶ Winterson, *Oranges Are Not the Only Fruit*, pp. 47-48.

con frecuencia haya tenido que trabajar en el mundo real para sostenerse. El solo sentimiento de ser destruida por su propia sociedad puede activar el deseo de afirmarse con la mayor agresividad —para entrar más plenamente, si es posible, en una mayor concepción del estado de cosas. Ciertamente, como sucede con los grupos minoritarios, las lesbianas han hecho contribuciones a la cultura fuera de toda proporción con su verdadero número.

Quedé nuevamente impresionada por esta paradoja hace no mucho, al leer una biografía —algo chismosa, pero buena— de Marlene Dietrich. En el capítulo dedicado a su larga aventura amorosa con la extravagante escritora y poeta Mercedes de Acosta —la misma De Acosta que se las ingenió para cautivar a Garbo— el autor (el historiador de cine y teatro Donald Spoto) describe a De Acosta como “integrante privilegiada de la creativa comunidad lésbica americana” de los años treinta y cuarenta. En un breve aunque sorprendente pie de página, explica que “entre toda una legión, este grupo incluía a Edna St. Vincent Millay, Willa Cather y Anita Loos (escritoras); Cheryl Crawford, Elizabeth Marbury, Eva Le Galliene, Alla Nazimova, Katherine Cornell, Blanche Yurka, Natasha Rambova y Mary Martin (en el teatro), Janet Gaynor, Jean Arthur, Kay Francis y Dorothy Arzner (en Hollywood)”.²⁷

Lo que asombra aquí es el sentido casi cómico de lo excedente: no estamos acostumbradas(os) a pensar en las lesbianas como “legión”, o en que desempeñen una parte crucialmente significativa en algo tan importante como el “teatro” o “Hollywood”. El impresionante catálogo de nombres que da Spoto es, entre otras cosas, una impresionante afirmación de los logros de las lesbianas, sin embargo, es sólo la punta del iceberg. La creatividad lésbica es responsable, podría sostenerse, de mucho de lo que damos por seguro en la cultura moderna —especialmente, aunque no sólo, en el mundo de las artes. ¿Cómo apreciar el propio modernismo, por ejemplo, sin reconocer las grandes contribuciones de Gertrude Stein, Djuna Barnes, Virginia Woolf, Sylvia Beach, Natalie Barney, Romaine Brooks, Margaret Anderson, Jane Heap, Jane Bowles, Marie Laurencin, Tamara de Lempicka, Gluck, Florence Henri o Eileen Gray? ¿Cómo com-

²⁷ Spoto, *Blue Angel*, p. 105n.

prender la poesía angloamericana del siglo XX sin reconocer los ricos y variados talentos de Millay, Amy Lowell, H. D., Charlotte Mew, Marianne Moore, Elizabeth Bishop, Muriel Rukeyser, Adrienne Rich, May Swenson, Audre Lorde, Olga Broumas o Marilyn Hacker? La influencia de las lesbianas tampoco se encuentra sólo en el campo de la llamada alta cultura. Es imposible apreciar el blues, me atrevería a sostener, la historia del jazz americano o la canción popular sin tener en cuenta las inolvidables contribuciones de Bessie Smith, Ma Rainey, Gladys Bentley, Ethel Waters, Mabel Mercer, Alberta Hunter o Janis Joplin.

En los ensayos que siguen he pretendido afirmar esta clase de mundanidad: la conexión entre la experiencia lésbica y la experiencia humana como un todo. Ya se trate de escribir sobre las mujeres reales, sobre obras literarias o instituciones culturales como la ópera, he tratado de derrumbar las barreras imaginativas e ideológicas que nos impiden ver —en términos de Spoto— a esa “legión” de lesbianas que están entre nosotros(as). En efecto, si un solo gran tema configura esta colección, éste sería que siempre hay más lesbianas por encontrar en el mundo de las que uno(a) espera, —que en realidad las lesbianas están en “todas partes” y siempre lo han estado. Nuestro pensamiento ha sido dominado durante demasiado tiempo por una especie de modelo de escasez: o bien no hay lesbianas en absoluto, o son demasiado pocas para que nos importen. Ya es hora, sostengo, de enfocarnos a su presencia, y no a su ausencia; en la plenitud en vez de la escasez.

Porque sólo observando lo que está enfrente de nosotros podremos contrarrestar la magia represiva de los negativistas —todos aquellos que desearían que las lesbianas se fueran. Sólo de este modo podemos rescatar lo lésbico de “ese mundo de vapores” en que la lesbiana ha sido recluida. Y una vez que empecemos a ver, podremos encontrar a las lesbianas viéndonos a su vez: mirándonos a los ojos, complacidas de ser por fin vistas. No pretendo ser inmune a esa coqueta mirada, y algunas lectoras indudablemente encontrarán mi enfoque demasiado entusiasta y utópico; otros demasiado jocoso (Intento, en diferentes modos, hallar en el espectáculo del deseo lésbico tanto lo sublime como lo cómico). Sin embargo, hacer de lado la inhibición tiene un cierto valor. Al buscar a la lesbiana que está en cualquier parte, a menudo se encuentra una parte de sí mis-

ma. Igual que un fantasma vuelve a la vida, o Garbo en el mayor de sus papeles, la lesbiana nos ofrece información nueva y vital sobre lo que es ser humano(a).

Traducción: **Elvia Aguirre**

Bibliografía

- Acosta, Mercedes de, *Here Lies the Heart*, Nueva York, Reynal, 1960.
- Bronski, Michael, "She Really Did 'Want to be Alone'", *Gay Community News*, 6-12 de mayo, 1990, p. 20.
- Butler, Judith, "Imitation and Gender Insubordination", en Diana Fuss, ed., *Inside/Out: Lesbian Theories*, pp. 13-31, Nueva York y Londres, Routledge, 1991.
- Chauncey, George, Jr., "From Sexual Inversion to Homosexuality: Medicine and the Changing Conceptualization of Female Deviance." *Salmagundi* (otoño 1982-Winter 1983) 58-59:114-45.
- Chu, S., et al. "Epidemiology of Reported Cases of aids in Lesbians, United States, 1980-89." *American Journal of Public Health* (noviembre 1990) 80:1380-81.
- Crompton, Louis, "The Myth of Lesbian Impunity: Capital Laws from 1270 to 1791", en Salvatore J. Licata and Robert P. Petersen, eds., *Historical Perspectives on Homosexuality*, pp. 11-25, Nueva York, Haworth Press, 1981.
- Daum, Raymond, *Walking with Garbo: Collections and Recollections*, Nueva York, Harper Collins, 1991.
- Edgeworth, María, *Belinda*, 3 vols. Londres, 1801.
- Eriksson, Brigitte, "A Lesbian Execution in Germany, 1721, The Trial Records", en Salvatore J. Licata and Robert P. Petersen, eds., *Historical Perspectives on Homosexuality*, pp. 27-40, Nueva York, Haworth Press, 1981.
- Faderman, Lillian, *Odd Girls and Twilight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America*, Nueva York, Columbia University Press, 1991.
- Faderman, Lillian, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*, Nueva York, William Morrow, 1981.

- Hall, Radclyffe, *The Well of Lonelines*, Nueva York, Anchor, 190.
- Hobby, Elaine and Chris White, eds. *What Lesbians Do in Books*, Londres, Women's Press, 1991.
- James, Henry, *The Bostonians*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1984.
- Japenga, Ann, "Gay Women and the Risk of aids", *Los Angeles Times*, 2 de abril, 1986.
- Jeffreys, Sheila, *The Spinster and Her Enemies: Feminism and Sexuality, 1880-1930*, Londres, Pandora, 1985.
- Lauretis, Teresa de, "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities-An Introduction", *Differences* (verano 1991) 3,iii-xviii.
- Lebrecht, Norman, *The Maestro Myth: Great Conductors in Pursuit of Power*, Nueva York, Birch Lane, 1991.
- Lister, Anne, *I Know My Own Heart: The Diaries of Anne Lister (1791-1840)*, ed. Helena Whitbread, Londres, Virago, 1988.
- Piozzi, Hester Thrale, Tbraliana: *The Diary of Mrs. Hester Lynch Tbrale, 1776-1809*, ed. Katharine C. Balderston, 2 vols. Oxford, Clarendon Press, 1951.
- Plant, Richard, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals*, Nueva York, Henry Holt, 1986.
- Ramsden, Phyllis M., "Anne Lister's Journal (1817-1840), An Unusual and Valuable Contemporary Record", *Transactions of the Halifax Antiquarian Society* (enero de 1970), 70:1-13.
- Roof, Judith, *A Lure of Knowledge: Lesbian Sexuality and Theory*, Nueva York, Columbia University Press, 1991.
- Russo, Vito, *The Celluloid Closet: Homosexuality in the Movies*, Nueva York, Harper and Row, 1981.
- Sahli, Nancy, "Smashing: Women's Relationships Before the Fall", *Chrysalis* (verano de 1979), 8:17-27.
- Said, Edward, "The Politics of Knowledge", *Rarian* (verano de 1991), 11:17-31.
- A Sapphic Epistle from Jack Cavendish to Mrs. D*****, Londres, 1782.
- Sedgwick, Eve Kosofsky, *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*, Nueva York, Columbia University Press, 1985.
- Smith-Rosenberg, Carroll, "The Female World of Love and Ritual", en *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Contemporary America*, Nueva York, Knopf, 1985.
- Spoto, Donald, *Blue Angel: The Life of Marlene Dietrich*, Nueva York, Doubleday, 1992.

- Trefusis, Violet, *Don't Look Round*, Londres, Hutchinson, 1952.
- Trumbach, Randolph, "London's Sapphists: From Three Sexes to Four Genders in the Making of MODern Culture", en Julia Epstein and Kristina Straub, eds., *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, Nueva York and Londres, Routledge.
- Van der Meer, Theo, "Tribades on Trial: Female Same-Sex Offenders in Late Eighteenth-Century Amsterdam", *Journal of the Sexuality* (enero de 1991), 1:424-444.
- Vicinus, Martha, "'They Wonder to Which Sex I Belong', The Historical Roots of the Modern Lesbian Identity", *Feminist Studies* (otoño de 1992), 18:467-97.
- Weeks, Jeffrey, *Coming Out: Homosexual Politics in Britain, from the Nineteenth Century to the Present*, Londres, Quarter, 1977.
- Winterson, Jeanette, *Oranges Are Not the Only Fruit*, Londres, Pandora, 1985.
- Wittig, Monique, *The Straight Mind and Other Essays* ed. Louise Turcotte, Boston, Beacon, 1992.